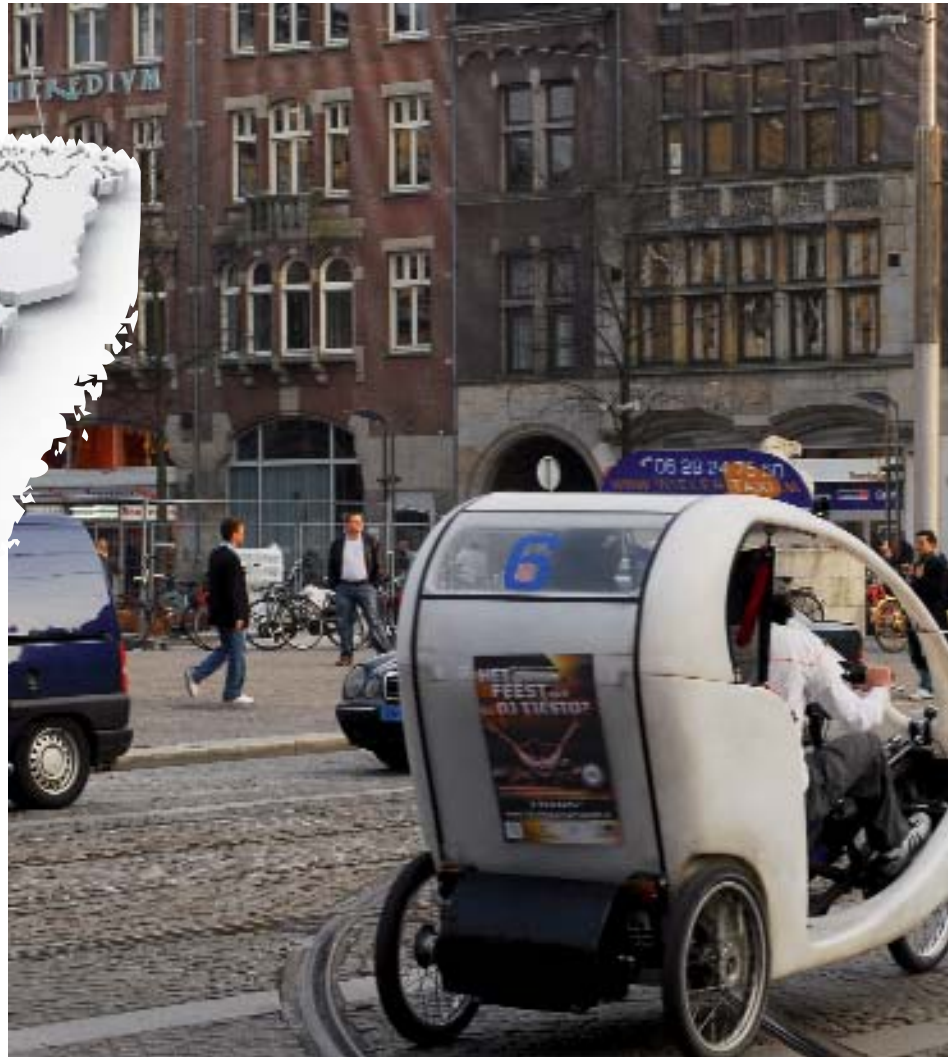




La crisis económica ha abierto una profunda brecha entre los ciudadanos del centro y del sur de Europa. Los habitantes de Alemania, Dinamarca, Holanda y Bélgica son los más optimistas sobre el futuro de la Unión, mientras que los de España, Portugal, Grecia e Italia se sitúan entre los más pesimistas.

FERNANDO SAIZ



Brecha entre los ciudadanos del centro y del sur de Europa

Los datos no dejan lugar a dudas. En la primavera de 2007, justo antes del estallido de la crisis financiera internacional, un 52 por ciento de los europeos tenían una imagen positiva de la Unión Europea; un 32 por ciento se manifestaban de manera neutral, y solo un 15 por ciento tenían una impresión negativa, según los datos del Eurobarómetro que elabora dos veces al año la Comisión Europea. En aquel entonces, la percepción sobre el futuro de la UE era igualmente cla-

ra. El 69 por ciento de los ciudadanos eran optimistas (en España, el porcentaje llegaba al 74 por ciento) mientras el 24 por ciento se mostraban pesimistas. Seis años después, de acuerdo con la encuesta publicada en julio de este año, la distribución de las opiniones de los europeos ha cambiado significativamente. El 39 por ciento de ellos tienen una imagen neutral de Europa, y las impresiones positiva y negativa están casi empatadas (30 y 29 por ciento, respectivamente).

Respecto al futuro, optimistas y pesimistas están también muy igualados (49 y 46 por ciento). En España, solo el 40 por ciento se sienten optimistas.

Así pues, la crisis ha cambiado radicalmente nuestra manera de pensar sobre la Unión Europea. La transformación es especialmente acusada en España, que ha pasado de ser uno de los países más europeístas del continente a tener muchas dudas sobre el proyecto. “Hemos caído en la simplificación



El efecto Merkel

Los españoles sienten una profunda antipatía por la canciller alemana, Angela Merkel. De hecho, la mayor parte de los ciudadanos considera que los resultados de las últimas elecciones generales en Alemania, en los que el partido de Merkel consiguió una holgada mayoría parlamentaria, son negativos para Europa en general y para España en particular, porque entienden que la canciller germana no va a flexibilizar su política europea de mano dura, tal y como explica José Pablo Ferrándiz, de Metroscopia. Pero no siempre ha sido así. El rechazo hacia la figura de Merkel es reciente y está relacionado con la imposición en España de medidas de austeridad inspiradas por Berlín. Antes de la crisis, Merkel era uno de los líderes europeos más valorados, muy por encima de otros dirigentes veteranos, como Silvio Berlusconi o Vladimir Putin. Ferrándiz también destaca que la erosión de la imagen de la canciller alemana, “que ha caído en picado en los últimos años”, no se corresponde con la evolución de la reputación de Alemania como país, que sigue teniendo una consideración muy alta entre los españoles.

de pensar que todo lo malo viene de Europa, cuando antes pensábamos exactamente lo contrario”, explica José Pablo Ferrándiz, vicepresidente de Metroscopia, empresa de investigaciones demoscópicas especializada en Europa. En general, los países del sur, que son los que más duramente han sufrido las consecuencias de la crisis, son también lo que están más desencantados. “Hemos perdido la inocencia”, resume Ignacio Molina, experto del Instituto Elcano en cuestiones europeas.

Desafección. Para entender esta desafección hay que remontarse hasta los orígenes de la Unión Europea. Los países fundadores, como Alemania y Francia, impulsaron el proyecto para garantizar la paz y para conseguir ampliar su mercado interno y ser más competitivos. Esa es la tesis pragmática con la que nació el proyecto euro-

España ha pasado de ser uno de los países más europeístas del continente a tener muchas dudas sobre el proyecto comunitario

peo y la que, de una u otra manera, han ido desarrollando los países centrales a lo largo de los tiempos.

En cambio, los miembros de la periferia, que se suman después, como es el caso de España, llegan con una visión más idealista porque consideran que Europa es un espacio de democracia, una fuente de inspiración para modernizar el país y una organización solidaria entre sus miembros. Esas expectativas de progreso se cumplen durante más de veinte años.

“¿Qué ha pasado con la crisis?” se pregunta Molina. “Que esa referencia se desmorona. Para España y para los demás países del sur, Europa ya no es un ideal de democracia, sino que muy al contrario, se rige por principios opacos y por decisiones tomadas de forma centralizada en Bruselas o en Berlín. Y por supuesto tampoco es un ideal de solidaridad y prosperidad, porque se impone la austeridad, hay que hacer recortes y somos más pobres.”

Esa distinta manera de ver las cosas es lo que explica la profunda brecha que la crisis ha abierto entre los ciudadanos del centro y del sur de Europa. Según el Eurobarómetro, los encuestados de Alemania, Dinamarca, Holanda y Bélgica están entre los más optimistas de la Unión Europea, mientras los de España, Portugal, Grecia e Italia se sitúan entre los más pesimistas.

¿Una crisis de confianza 'coyuntural'?

Si, como demuestran las encuestas, la desafección de los ciudadanos hacia la Unión Europea está directamente relacionada con la crisis económica, ¿significa eso que cuando acabe la crisis los europeos volverán a confiar en el proyecto? José Pablo Ferrándiz cree que sí, que se trata de un fenómeno "coyuntural", y por tanto pasajero. Pero, ¿qué pasaría si el estancamiento de la economía europea se prolongara durante mucho tiempo? ¿Volverían las cosas a ser como antes? En ese supuesto, que no es nada descabellado (las últimas previsiones del FMI apuntan a que el bloque de los países del euro crecerá un raquítrico uno por ciento en 2014, tras las caídas de PIB en 2012 y 2013), hay muchas más dudas de que el espíritu europeo se recomponga. El ilustre y veterano financiero George Soros (tiburón de los mercados en los noventa y filántropo hoy) cree incluso que si la crisis se prolonga durante una década la Unión Europea se desintegrará. Soros dijo recientemente estar preocupado, sobre todo, por la situación de Grecia, que en su opinión no puede ni podrá pagar jamás sus deudas. También defiende que sus acreedores (sobre todo, instituciones como el FMI o el BCE) hagan tabla rasa y condonen la deuda griega para que el país pueda volver a empezar desde cero.

Ninguna opción política con posibilidades de formar gobierno se declara en Europa contraria a la pertenencia a la UE.



¿Faro de sensatez? Con todo, algunos políticos y expertos consideran que Europa sigue siendo un faro de sensatez en medio de la tormenta. Aun reconociendo el déficit democrático de sus instituciones (que impusieron la modificación de la Constitución en España y el cambio de Gobierno en Italia para poner a Mario Monti de primer ministro, entre otras decisiones de dudosa legitimidad), Europa es para ellos un freno contra los excesos de los países miembros. El ministro de Economía y Competitividad, Luis de Guindos, sostiene, por ejemplo, que

"Europa y el euro nos protegen contra el populismo y contra la demagogia". En una línea parecida de pensamiento, el economista Luis Garicano, catedrático de Economía y Estrategia de la London School of Economics, cree que incluso en las actuales circunstancias Europa es un factor de refuerzo de la democracia porque limita las tentaciones electoralistas de los políticos nacionales, que no suelen atender a los intereses de su país en el largo plazo.

En el extremo antieuropeo también hay quienes creen, sobre todo desde posiciones de izquierda, que

En España, los partidarios de seguir en el euro siguen siendo amplia mayoría

el proyecto europeo ha fracasado y abogan por salirse del euro. Oskar Lafontaine, exministro socialdemócrata alemán, es el último y más sorprendente ejemplo.

En España, los partidarios de seguir en el euro siguen siendo amplia mayoría (un 75 por ciento, de acuerdo con las estimaciones de Metroscopia), y lo más curioso es que según José Pablo Ferrándiz "es un dato que apenas ha cambiado con la crisis". Izquierda Unida es la única formación parlamentaria que ha planteado ese debate, pero no se ha pronunciado oficialmente en favor del abandono de la moneda única.

En realidad, y pese al caldo de cultivo euroescéptico, ninguna opción política con posibilidades de formar gobierno se declara en Europa contraria a la pertenencia a la UE o al euro, probablemente ante la falta de alternativas sólidas. Ni siquiera el partido de izquierdas griego Syriza, que ha flirtado en ocasiones con la salida del euro, se ha atrevido a proponerlo a los electores. Y no por falta de ganas, sino porque cree que los griegos, aun vapuleados por la crisis, no lo aceptarían.

Todo esto nos lleva a la conclusión de que habrá que arreglar el problema "desde dentro". Ignacio Molina es relativamente optimista y cree que Europa puede avanzar hacia un modelo "federalista suave" que dé respuesta a los problemas de sus ciudadanos, aunque siempre con un enfoque pragmático, en línea con las preferencias de Alemania, Francia y Reino Unido. La Europa avanzada, solidaria y democrática quizás sea cosa del pasado. ●